

E. J. Semblanza de un sinsentido

ALBERTO VITAL

¿Qué podemos darte, ya que no te dimos la oportunidad de cumplir veinte años? Mira, hay unos amaneceres aquí y allá que de pronto parecen un regreso a los veinte. Pero tú no sabes qué es regresar, porque apenas ibas. Y, por saber, ¿qué sabes de las noches si tu existencia se quedó a las diez de la mañana? Las noches se entienden bien a bien sólo cuando la propia vida ha pasado de la tarde. Hay barrios que son mediodías, hay casas y ciudades. Al morir tú, nuestra ciudad perdió por un momento ese lapso que va de las diez a las once de la mañana. El matrimonio a esas horas suele trazar una especie de tregua que ahora mismo debería explicarte.

Yo me hubiera casado contigo. Cuando uno elige a una persona entre otras, queda para siempre herido por un cierto sabor de melancolía. ¿Y si hubiera salvado tu vida casándome contigo? Hay épocas en que el principio de la noche baja a la ciudad antes de las diez de la mañana. Me refiero a cuando está a punto de llover. Se encienden las luces blancas y las luces de ámbar, y las nubes se introducen en los coches por las ventanillas y en las almas por los poros. Entonces los coches y las almas se evaporan en parte, pero esto sólo se nota en las almas. ¿Te dio tiempo de darte cuenta? ¿Viviste esa especie de noche de las lluvias

tempranas en tu alma y tu cabeza? He allí una porción de canosa madurez momentánea para quien como tú estaba llamada a no vivir la última de las edades si no era por ráfagas de penumbra entre océanos de niñez y adolescencia.

La música. La música es la noche en la mañana y la mañana en la noche. La música te da una nube de medianoche en plena media mañana de torcaces y de colorines. Tú supiste algo de la música: que descoyunta el tiempo y que hace más ancho el espacio. De eso supiste porque, antes de la música, tu vida fue estrecha. Naciste de un cuerpo que de por sí era módico. Sus huesos eran escuetos como dos puertas abatibles que se construyeran con una sola intención, y esa intención fuera: resistirse a ser abiertas.

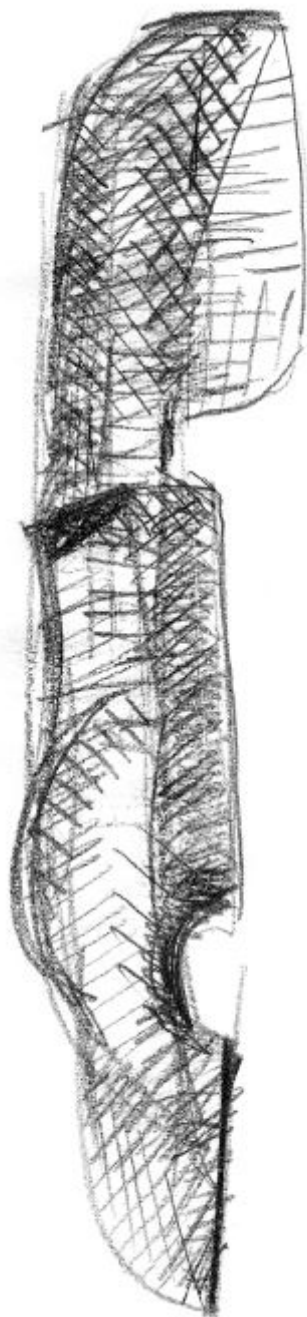
Tu casa. Tu casa de toda la vida, tu única mansión. También ella era de huesos muy cerrados. A veces te escondías en el baño y te sentías en el útero de tu madre por el vapor de regadera abierta que adormece. Sin embargo, luego los gritos y los nudillos te obligaban a un nuevo nacimiento como cuando alguien toca en el vientre primigenio y nos grita: "¡Ya sal de allí!".



Pero la música, Éricka. La música. ¿Recuerdas si alguna vez te cantaron una canción para dormir? Las canciones para dormir nunca te llevarán a la edad adulta, sino más bien al pasado más profundo. Quizá pedías una canción o un cuento porque los sueños son a veces un territorio pantanoso y no tienen orillas. Las canciones y los cuentos se vuelven entonces una línea, se vuelven una ancha zona de frontera entre la vida vigilante y la vida de los sueños.

En esa hora adulta que ya no conociste, nadie vuelve a cantarte o a contarte nunca nada. No, nunca nada simplemente para que te duermas y descanses. Ya no existe un país entre el sueño y la vigilia. O sí, me dirás tú. Hay pantallas para eso. Tú las conociste, pese a tu vida breve. El matrimonio, te respondo, es casi ya pura vigilia. Se duerme despierto. El adulto cuida del niño y luego no sabe cómo cantarle o contarle algo, cualquier cosa, de modo que los peligros de la vigilia y los peligros del sueño no lo asusten tan pronto como a ti te asustaron.

No tenías aspecto de que te hubieran cantado mucho para que pudieras dormir. Si acaso, te cantabas tú.



Te contabas para que la música y las leyendas crearan tiempo y espacio. La música y los cuentos crean tiempo y espacio, sólo que también los ocupan. Es mucho más el tiempo y mucho más el espacio que crean, pero de momento necesitan un poco de ambos, sobre todo la música. Quiero creer que tus mayores no te cantaron tantas melodías cuando eras niña porque los otros habitantes en la casa tenían que dormir. Por eso, cuando ya despierta conociste la música, no te separaste de ella. Sentiste que era tuya. Dijiste que era una recámara para ti sola, tu ventana y tu paisaje. El paisaje cambiaba.

Aquella tarde de tu adolescencia, la última de tu vida, ibas precisamente a oír música, Éricka. Tus amigos te invitaron. Estuviste a punto de no ir. Algo te decía. Tuviste una sensación en las costillas. Fue casi el inicio de un dolor, de una opresión. Pero la música nunca te había fallado. No te fallaría ahora. Sentiste que la música ensanchaba la pista mientras bailabas en plena tarde, todavía lejos de la noche. Muy lejos. Y es que la tarde apenas empezaba, así que el tiempo alimentó a la música con su abundancia, y la música ali-

Crónicas del asombro

Los solos de Carson McCullers

MÓNICA LAVÍN

mentó al tiempo con sus notas. Uno fue la otra; la otra fue el uno, más o menos como tú y tu pareja fueron uno. Me refiero, ya sabes, a ese muchacho tan flaco y avispado como tú, Éricka Jeanette.

Sólo que de repente apagaron la música y les ordenaron salir. ¿Qué tiene que ver la música con una orden de salida? Nada. ¿Qué tiene que ver el baile con una orden de desalojo? Nada. Nada para quinientos muchachos y muchachas que bailaban desprendidos unas horas de las estrecheces de la vida adulta. Entonces sí te asustaste: una noche que debería haber tardado cincuenta años de golpe les cayó a ti y al muchacho que te invitó, tan flaco y espantado como tú, Éricka Jeanette. Lo más doloroso fue morir de estrechez, tú que ibas a ensanchar tu vida con lo único que la había ensanchado. Lo más doloroso fue que los duros cuerpos de tus amigos contra las puertas cerradas fueron la cámara letal y la sogá que acabó con todos los colores salvo el negro. Lo más doloroso fue que una o dos órdenes sensatas habrían resuelto el problema, órdenes como la de abrir de par en par las puertas para que la vida fuera otra vez amplitud y extensión, como la música. Ahora quiero vivir un poco de mi vida aquí y allá de vez en cuando como si la fuera platicando contigo. ¿Pero qué puedo darte en nombre de tus quince, de tus veinte años? Puedo darte unas palabras que ensanchen tu horizonte, Éricka Jeanette. Las sigo buscando, esposa mía. ~



Si fuéramos anfitriones de los personajes de la escritora sureña Carson McCullers y les preguntáramos: “¿Qué les ofrezco de tomar?”, todos —excepto Mick o Frankie que querrían una limonada— pedirían whisky, bourbon (sin marca porque estamos en la prohibición), sherry o cerveza, y lo preferirían en la habitación, a solas o con su pareja, porque no festejarían esta extraña reunión que les incomoda profundamente y que no entienden y cuya incomodidad no expresan, como no lo hacen en los textos de donde los hemos sacado. Porque no comprenden que los amemos y no saben cómo deshacerse de nosotros ni de su soledad —“Otro whisky por favor”. Porque todos preferimos amar a ser amados, como lo expresa el narrador de *La balada del café triste*, como le ocurre a la señorita Amelia con su primo el jorobado. “El amado ama y teme al amante, y por la mejor de las razones. El amante siempre está tratando de desnudar al amado. El amante desea cualquier relación posible con el amado, aun si la experiencia le produce dolor.”

“¿Estaba borracho?”, pregunta el niño periodiquero de “Una roca, una piedra, una nube”, cuento de Carson McCullers, al dueño de la fonda, cuando el viejo que le ha estado hablando se retira. “No”, le contesta Leo. El hombre que se acaba de ir, mientras bebía su cerveza, le ha compartido al chico su ciencia para poder olvidar a la mujer que amaba. Un método para amar las piedras, el pedazo de cristal, al niño mismo que apenas ha visto.

